

Por MARIANO NAGY *

"HISTORIADORES" Y MITOS



La cuestión indígena irrumpe en los medios y con ella supuestos especialistas visitan los sets televisivos y editorializan a través de aseveraciones formuladas en el siglo XIX: los mapuches no son argentinos sino invasores chilenos que exterminaron a nuestros verdaderos indios, los tehuelches. Estas falacias conocidas como teoría de la araucanización de las pampas galvanizaron exitosamente en el sentido común a través de

una amplia divulgación y gracias a la simplicidad de encajar un pueblo a cada lado de la cordillera.

No importa que en la actualidad existan comunidades mapuche-tehuelches, que la presencia mapuche en el actual territorio argentino sea anterior a la conquista española y tengan diez o más generaciones en territorio argentino. No hay derecho de suelo automático como para el resto de los habitantes. Siempre serán chilenos...

Este anticuado pero funcional marco interpretativo, producto de la ignorancia y en muchos casos de la mala intención, desconoce una prolífica producción que se viene publicando periódicamente desde hace décadas acerca de las diversas relaciones interétnicas y las consecuencias de la Conquista del Desierto para las comunidades.

Desde entonces, basados en ar-

chivos estatales (civiles y militares) y religiosos, y también en los debates parlamentarios y en la prensa de la época, los estudios han demostrado fehacientemente que la Conquista del Desierto fue una empresa mixta que mediante una ley (947/1878) convocó a actores privados a comprar acciones para obtener tierras que luego les serían otorgadas al someter a la población originaria en las campañas militares. De este modo, algunos centenares de familias locales e inglesas adquirieron decenas de millones de hectáreas en lotes más grandes que la actual ciudad de Buenos Aires.

A su vez, las investigaciones han confirmado una política de desmembramiento de las familias, traslados a campos de concentración como Valcheta y la isla Martín García y un sistema de distribución de indígenas con tres destinos principales:

el ejército y la marina, el servicio doméstico y las actividades productivas como estancias, ingenios y viñedos. Así, para los inversores, muchos de ellos políticos y militares, el beneficio fue doble: tierras y mano de obra gratuita y disponible.

Es habitual que en la prensa de mayor tirada estas prácticas genocidas sean definidas como gesta y epopeya patriótica por parte de editorialistas que en algunos casos se auto denominan historiadores. No obstante, su rol es militar una nueva campaña mediática de estigmatización contra la población originaria. Sus consideraciones principales apelan al negacionismo, al odio, al racismo y a los prejuicios. De historia, nada.

* DOCENTE UBA/INVESTIGADOR CONICET.